

Empalador empalado

HACE ya mucho que Eduardo Haro Ibars decidió ser perdedor. Optó por la poesía cuando ésta había dejado de existir para los demás; optó por ser libre

cuando todos se acogían al útero de cualquier ortodoxia confortable; optó, en fin, por la vida, y se quedó solo.

Escribió mucho y publicó poco, porque también ha renunciado a la vana gloria de las tertu-

lias eruditas. Ahora, como él dice, "en mi sepulcro, amo".

Es a veces personaje incómodo que sufre la vida como un tenso vaivén y que él sólo quiere reflejar, eludir o transformar, todo a la vez, contradictoriamente,



Eduardo Haro Ibars.

con nervios y con vino. ("Me disfrazo de umbral tierno y caliente, me finjo espejo o sombra en los pasillos hasta que poco a poco pasa tiempo".)

En su libro, Haro Ibars grita, por eso, de mil formas distintas: el recuerdo, el homenaje, la venganza y el proyecto se añaden en una serie de poemas que son como un diario de emociones, muchas incomprensibles, pero todas capaces de comunicar el desasosiego, la lucidez y la frescura de quien todavía se siente libre y, por lo tanto, erróneo y anacrónico.

"Empalador" (1) es más que una colección de poemas. El libro como objeto es también un reflejo de Haro Ibars: en el formato, en los dibujos de Aguts, Cessepe o Lirio, en la confección, en el olor. Es la muestra de una cultura que quieren apagar transformándola en moda o conciencia improvisada. Pero para Haro Ibars nada ha cambiado desde hace tiempo: las novedades del mundo son ya sólo las de su cuerpo que envejece (ahora, sin embargo, dice sentirse más joven); la soledad ya era eterna desde antes y la violencia ha sido interrumpida. Sigue estando solo, fiel a su lúcido y justo espíritu de perdedor; traicionado sólo la traición.

"Caminaremos grises o ni siquiera grises no sombríos ni luminosos blancos o negros
ofreceremos vino y silencio, mucho silencio, en rosaledas turbias,
pero nunca
ofreceremos plata a nuestros cuerpos
ni brindaremos sal a los que lamamos

(1) "Empalador". Las ediciones de la Banda de Moebius, S. A. (Lizón, 22. Madrid-81).

Machismo de Henry Miller

TERESA PAMIES

CON motivo de la muerte de Henry Miller se han prodigado los elogios al difunto con una indulgencia que esta mujer-lectora no comparte. Si hubo un escritor machista y zángano entre los norteamericanos, ese fue Henry Miller. Consiguió la celebridad utilizando a todas las mujeres que pudo, especialmente a Anais Nin, como lo demuestran las cartas que él le escribiera desde 1931 a 1946 (1). Utilizó a la dulce June como "modelo" de escenas pornográficas para sus "Trópicos" porque carecía de imaginación y de recursos eróticos; la utilizó también para conseguir influencias entre otros hombres y otras mujeres, influencias necesarias a su desmedida ambición literaria y para comer todos los días. Hay que reconocerle el mérito de la sinceridad. Sus cartas, publicadas por él mismo muchos años después de haberlas escrito, lo muestran en sus cualidades —que también las tuvo— y con sus defectos, algunos de los cuales considero virtudes. La mangancia, la vanidad, la gandería, la desconsideración hacia la hembra como ser humano total, se manifiestan con naturalidad porque Henry Miller estaba seguro de ser un genio y a los genios se les puede permitir todo.

Anais Nin tardó años en distinguir "las voces de los ecos" en el personaje que la fascinó precisamente por ser lo que ella no era: brutal, vulgar, gandul, cínico y exuberante. Cuando se lo presentaron por primera vez, escribió en su "Diario": "Tiene el aspecto de monje budista, un monje de piel rosada, con la cabeza, calva en parte, aureolada por cabellos plateados y vivaces y unos labios gruesos y sensuales. Sus azules ojos son fríos y observadores, pero su boca es emotiva y vulnerable. Su risa es contagiosa y su voz acariciadora y edlída como la de un negro".

Un año después, con mayor conocimiento de causa, precisaría el retrato de su protegido: "Henry tiene el sentimentalismo alemán. Pasa del sentimentalismo a la insensibilidad. Su imaginación es alemana, sus escritos recuerdan a George Gork. Ama lo feo. Ama lo vulgar, el argot, las cosas descuidadas, la miseria, la dureza, los bajos fondos de todo. Le gusta el olor a coles, a cocido, a pobreza y a prostitutas".

Cuando Anais Nin conoció a Miller en París, ella había descubierto a Lawrence, cuya obra marginada por el puritanismo introdujo audazmente en el mundo literario "normal" como modelo de literatura erótica basada en el derecho de la mujer al placer sexual, no como objeto, sino como sujeto principal. En Miller creía encontrar un Lawrence moderno. Le ayudó a copiar y corregir manuscritos; le sugirió ideas cuando él se confesaba "vaco"; le proporcionó su propia máquina de escribir cuando él se la pidió por haber roto la suya; le encontró editores y críticos indulgentes; le pagó alquileres de viviendas y viajes; le mantuvo y mantuvo a June y a los amiguetes del "Genio". Hasta de mandar tabaco a papá Miller se

encargó la exquisita Anais, descuidando su propia obra literaria.

Una cosa no consiguió Henry Miller; despersonalizar a la autora de los "Diarios". Como ella dijera refiriéndose a Lou-Andrea Salomé: "Conservó su autonomía a pesar de estar rodeada de hombres brillantes y arrolladores" (2).

Desde su "autonomía" y su sensibilidad enriquecida por una vida sin represiones, Anais Nin rectificó su criterio sobre la literatura llamada erótica escrita por hombres y sobre su protegido Henry Miller, que iba a sobrevivirle tres años: "Hay algo probado: la literatura erótica escrita por hombres no satisface a las mujeres. Ha llegado el momento de escribir la nuestra, ya que nuestras necesidades, fantasmas y actitudes eróticas son diferentes. A la mayoría de las mujeres no les excitan las burlas groseras ni el lenguaje técnico. Cuando se publicaron los primeros libros de Henry Miller yo advertí que gustaría a las mujeres. Pensé que les agradaría la declaración abierta de un deseo sexual que, en la cultura puritana, corría el riesgo de desaparecer. Pero el lenguaje agresivo y brutal no surtió efecto".

Con motivo de su muerte se impone añadir estas cosas a los desmedidos elogios que se han hecho de Henry Miller. Influyó en algunos escritores jóvenes en algo tan positivo como fue combatir la mojigatería, la represión y autorrepresión sexual y la hipocresía verbal. Es cierto, pero con toda su "vitalidad arrolladora" no llegó a interiorizar el amor físico de la pareja. Su pornografía fue esencialmente machista y, por consiguiente, reaccionaria. ■

(2) Anais Nin: "Ser mujer". Editorial Debate.



Henry Miller.

(1) Henry Miller: "Cartas a Anais Nin". Editorial Bruguera.

Los libros andaluces

CON los escritores andaluces pasa como con los emigrantes, que son muchos, buenos trabajadores, pero no encuentran en su lugar de origen la fábrica. Ahora, en esta nueva lucha por el retorno a las raíces, aparecen intentos valiosos, aunque mínimos, de montar editoriales para que ese río caudaloso que produce la cultura andaluza no se difunde con más sello que el del pasaporte. Así, a las ya casi veteranas Demófilo y Aljibe, hay que contar con Argantonio (vinculada a la editora de la Enciclopedia de Andalucía), Edisur (cooperativa), el editor Llorca, además de la actividad editorial de las Universidades de Granada, Sevilla, Córdoba y Málaga, Diputaciones provinciales y entidades financieras, destacando la Caja de Ahorros de Córdoba.

Manuel Clavero, ex ministro de Cultura, se ha lanzado al ruedo con un libro para el entretenimiento de las vacaciones de los políticos: "Forjar Andalucía" (Argantonio, dirigida por José María Javierre). Clavero cuenta su salto mortal desde el centrismo suarista hasta su reingreso en el andalucismo, y pone pomada suavizante sobre cada uno de los personajes, amigos y enemigos políticos para que el sol del verano no les produzca ampollas.

Los cooperativistas de Edisur preparan para primeros de mes su primer libro: "Hacia una Andalucía libre", con firmas, biografías y aportaciones varias de cincuenta principales andaluces. Con anterioridad ha aparecido, con el editor Llorca, "Andalucía dijo sí" (Fernando Álvarez Palacios, Manuel Barrios, Antonio Cascales, Antonio Mozo Vargas, José Domingo Romero, Enrique Soria, Francisco Vélez Nieto). Bajo el patrocinio de la Junta de Andalucía se ha publicado "Orígenes de lo flamenco y secreto del cante jondo", de Blas Infante, recopilado por Manuel Barrios. Demófilo continúa su labor editorial de recuperación de textos y es una pena que no tenga más potencial económico, como le pasa a otras editoriales, para publicar con más frecuencia. A las obras de Blas Infante ("La verdad sobre el complot de Tablada"), José María de los Santos ("Andalucía en la revolución nacionalista"), Víctor Márquez Reviriego ("Donde acaba Andalucía"), José Asenjo Sedano ("Yo, Granada"), entre otras, la editorial granadina prepara un nuevo libro de Blas Infante ("El ideal andaluz", en edición completa), además de una biografía de Fermín Sálvochea.

De biografías, para repasarlas este verano, hay dos muy recientes sobre el padre de la patria Andalucía: "Vida y muerte de un hombre andaluz" (José Luis Ortiz de Lanzagorta) y "Blas Infante, la forja de un ideal andaluz" (Juan Antonio Lacomba). Ha aparecido también "Juan Ramón Jiménez y los niños" (José María Garrido Lopera, que ya había publicado otra sobre García Lorca, en Everest).

Textos más sesudos para políticos que quieran entrar fuerte en el otoño con el debate andalucista están, de reciente publicación: "Andalucía, ahora o nunca" (José Rodríguez Alcaide), "El andalucismo militante" (Manuel Ruiz Lagos), "Historia y cultura del pueblo andaluz" (José Acosta Sánchez), "Aproximación a la historia de Andalucía" (J. A. Lacomba, Domínguez Ortiz, J. M. Cuenca, Calero, Malefakis, Rodríguez Nella, C. Torres, Cruz Hernández, F. Aguilar, Ladero Quesada, Bernal y Tusset), "La cuestión nacional andaluza y los intereses de clase" (José Aumente), "Orígenes del regionalismo andaluz" (Manuel Nieto Cumplido), etcétera. "Andalucía" (Diez García, Aranda Dancel y Rubio Cormuna) es un libro de divulgación.

A los poetas andaluces, de siempre y de ahora (García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Alexandre, Alberti, Cernuda, Machado, Altolaguirre, Prados, Rejano, Luis Rosales, el granadino Rafael Guillén (ha publicado en la revista "Litoral" su libro "Moheda"), Elena Martín Vivaldi, Rafael Montesinos, Antonio Hernández, G. Ladrón de Guevara, Juan de Laxa, Pepe Heredia Maya, Alvaro Salvador, Antonio Carvajal, Manuel Ríos, Pablo García Baena, Ricardo Molina, José Infante...), hay que añadir un libro maravilloso, "Poesía", de Al-Mu'tamid (último Rey de Sevilla), con traducción, introducción y notas de Miguel José Hagerty.

"Las mil noches de Hortensia Romero" y "Nos han dejado solos" han puesto de moda, de la fina, a Fernando Quiñones, revalorizando, una vez más, la narrativa andaluza: Alfonso Grosso, Asenjo Sedano, Manuel Barrios y su pleito con el editor Lara, José María Vaz de Soto, Pérez Estrada, Antonio Burgos (que anuncia su vuelta con nuevas obras) y una larga lista de escritores andaluces que han encontrado muchas dificultades para hacer valer su obra.

Seguro que después del programa "La clave" sobre la muerte de Federico García Lorca, los libros de investigación sobre el poeta de Fuente Vaqueros van a tener fuerza durante las vacaciones: "El asesinato de García Lorca" (de Gibson, el mejor especialista sobre el tema), "Federico García Lorca, asesinado: toda la verdad" (De Vila San Juan, con la verdad incompleta), "Federico García Lorca en Cataluña" (Antonina Rodríguez), "El ingenioso hidalgo y poeta Federico García Lorca asciende a los infiernos" (Carlos Rojas, Premio Nadal 1979), entre otros.

Richard Ford (en Ediciones Turner) reaparece en "Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa" (dos tomos), con la visión de la Andalucía romántica de posadas y bandoleros, tan distinta de las "Memorias andaluzas" (del emigrante en Cataluña Paco Montes Marmolejo, en Laia), que se ocupa de esa Andalucía de sufrimiento y opresión que cuentan ahora los nuevos viajeros que recorren el Sur. ■ A. JAMOS ESPEJO.

"Empalador" es un libro que inquieta y apasiona, un libro que quizá no llegue a conocerse y que, a lo mejor, en eso tiene su victoria. ■ DIEGO GALAN.

Las depuestas
armas

HASTA ahora, obtener el Premio Sésamo de novela corta era algo que prestigiaba dentro de los círculos literarios, pero cuya operatividad real brillaba por su ausencia. Al menos, el último premio, conseguido por Soledad Puértolas, puede, en razón de su presentación, recabar cierta audiencia no del todo fantasmal (1).

Es una novela que sorprende y poco a poco vas calando en la fidele de tu reacción como lector. Estructurada en capítulos cortos, ligados más sutil que taxativamente, lo insólito es, ante todo, el estilo escogido desde las primeras líneas y mantenido hasta el fin: escueto, pormenorizador en cuanto a hechos, conscientemente banal siempre que se puede y, por ende, con una enorme capacidad de aludir al resto del iceberg, de estar siempre sugiriendo que bajo lo que se nos muestra hay más, pero irrevelable.

El escenario es ajeno a cualquier mapa, pero literariamente no sólo verosímil, sino a la postre del todo imprescindible. Quizá por haber residido la autora en Santa Bárbara (Estados Unidos) ha utilizado una nomenclatura geográfica llena del encanto de los paisajes de Chandler o West: el cielo, montecito, Deveraux. Pero ni por asomo estamos en California, porque el protagonista desde el inicio anda turulato de fascinación por unos extranjeros llamados Lennox, de los que él irá contándonos los avatares, dada la amistad que, compleja, pusilánime y fielmente, va manteniendo con ellos.

Los hechos no son inexistentes; todo lo contrario, son irreversibles. Ciegan, marchitan, corrigen tercamente los sueños de los protagonistas. Los Lennox y su amanuense empiezan siendo adolescentes, deseando lo inalcanzable, viéndose ya desde entonces enfrentados a la tacaña realidad. A través de los capítulos hay saltos en el tiempo de los que sólo al cabo de unos momen-

tos nos hacemos pleno cargo: los años van poniendo entre los protagonistas —sobre todo entre el narrador y Terr— velos de cosas no dichas, de vehemencias no cumplidas, de armas depuestas.

Es una novela donde la ternura se disfrazaba de rispidez. No hay pucheritos ni alardes retóricos sobre el fracaso; en puridad, apenas se lo nombra. Simplemente, sabemos que está ahí, y,



Soledad Puértolas.

sobre todo, sabemos cómo está, omnipresente, sordo. De pronto, a Puértolas le basta con escribir: "Diviértete —dijo al fin Lill, en un tono que hacía pensar que tal posibilidad no existía, y si acaso existía le era indiferente".

Estilísticamente en la contraportada se nos sugieren, en cuanto influencias, los nombres de Chandler y Hammet. Puede. También tiene algo sumamente barojiano este libro, un deslizarse aparentemente desgachado, un como no importar mucho la escritura; y, sin embargo, precisamente por eso una voluntad de estilo que acaso sea, junto con la memoria del deterioro, la raíz de la novela. En su escuetez, en su en ocasiones perfectamente dosificada chatura, recuerda también al Svevo de "La conciencia de Zeno", sólo que aquí la apatía, la derrota cotidiana, en todo momento burbujea por debajo, con un hervor sentimental que no osa decir su nombre.

Hay episodios en la trama que, a fuerza de ser esbozados más que expuestos, a la larga pudieran haber sido descartables, pero

(1) "El bandido doblemente armado". Legas literaria, 1980.